inteligente por parte de un Creador que a su vez hubiera concebido al conjunto de los seres naturales como simples artefactos. De este modo se hubiera tenido una nueva versión del “*Deus ex machina*”, sin hacer aprecio a la noción de Creador, ni a la de naturaleza.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

RODRÍGUEZ VALLS, FRANCISCO

Orígenes del hombre. La singularidad del ser humano, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017, 208 pp.

Ya en las primeras líneas, Francisco Rodríguez Valls va a demarcar la piedra angular de la obra: la interdisciplinariedad como vía de acceso a la especificidad de lo humano. Para alcanzar dicha especificidad, Rodríguez Valls se sirve de la pregunta sobre el origen del ser humano para hallar, con ello, un principio de razón suficiente que dé cuenta de todas las preguntas abiertas en la cuestión antropológica, empleando dicha multiplicidad de perspectivas (biológica, psicológica, sociológica y fenomenológico-hermenéutica) como metodología para el estudio tanto de las diferentes regiones que se han ocupado de lo humano, como, propiamente, del estado de la cuestión desde una comprensión filosófica que atienda al hecho humano en su radicalidad diferenciadora. Dicha comprensión se concibe como el ensayo de una perspectiva unitaria que englobe las distintas disciplinas previamente señaladas, otorgando verdad a todas ellas en una lectura que defina, por un lado, la estructura de la subjetividad y preserve, por otro lado, la dignidad del ser humano bajo una recuperación del humanismo, combatiendo otrora la hipótesis reduccionista de la antropología científica o el relativismo cultural.

Rodríguez Valls comienza, en el primero de los 6 apartados que componen la obra, ensayando el recorrido de la historia de la teoría de la evolución, tomando como epicentro el aquí llamado “caso Darwin”. Más allá de las transformaciones que la teoría evo-

lutiva ha sufrido —siendo importante, a este respecto, la introducción de la mutación aleatoria por la teoría sintética de la evolución a principios de siglo XX, inaugurando una nueva deriva del neodarwinismo—, el autor destaca, como herencias del planteamiento evolucionista en transcendencia del ámbito meramente biológico: a) el evolucionismo como teoría general, esto es, que toda instancia de la realidad puede explicarse a partir de los mecanismos de la teoría evolutiva; b) la hipótesis del “diseño inteligente” de William Dembski; c) el reduccionismo biológico, dando lugar al *biological fitness*, la eficacia biológica, como elemento explicativo primordial, de la mano de autores como Thomas Nagel o Richard Dawkins. En estrecha interrelación, manteniendo, por tanto, el diálogo con la teoría evolutiva —en especial, Charles Darwin será un interlocutor constante a lo largo de toda la obra— y no abandonando el campo de la antropología científica, el segundo de los apartados se centra, propiamente, en el origen evolutivo del hombre. El autor lleva a cabo un recorrido divulgativo pero preciso acerca del origen y evolución de las distintas especies humanas y su desembocadura en el *homo sapiens*, así como la explicación de la supervivencia única de éste y de los procesos puramente morfológicos y biológicos de homonización. Rodríguez Valls se sitúa en una posición crítica con el planteamiento continuista darwiniano, por el cual el ser humano no sería otra cosa que un primate complejo, lo que implica la consideración del ser humano como especie animal.

De este modo, el autor encuentra la necesidad de apelar a la antropología cultural para acceder a un espacio intrínsecamente humano del que la biología no puede dar cuenta, si bien sitúa en la descripción del *homo sapiens* como animal biológicamente deficiente el origen del desarrollo cultural. Así, en esta búsqueda de la singularidad de lo humano, se ve preciso, en el tercer apartado, ahondar en el origen cultural del hombre y en su capacidad no ya de adaptación a un medio, sino de transformación del mismo. A raíz de la definición de Ernst Cassirer de la cultura como “sistema simbólico”, Rodríguez Valls la definirá como una posesión objetivadora y racional de autoconciencia —diferencia radical con respecto a la naturalidad—, a través de las formas productivas de la técnica, la ética y el lenguaje.

El cuarto de los apartados aporta, desde la misma perspectiva interdisciplinar, la dimensión intrínsecamente afectiva de la naturaleza humana. El autor ensaya la integración unitaria de la pluralidad de experiencias afectivas por medio de la conciencia y el dominio racional sobre los afectos. Asimismo, acudiendo a la tematización heideggeriana de la angustia y de la disposición afectiva, así como a la obra de Scheler para alcanzar el fenómeno de otras emociones como la beatitud y la desesperación, es explicitada una apertura emocional al mundo desde la relación intencional del cuerpo en su imbricación con la construcción de una subjetividad autoconsciente que nada tiene que ver con la relación instintiva animal.

Por otro lado, tanto en el apartado quinto como en el sexto, Rodríguez Valls nos hablará de la misma singularidad humana: la capacidad de trascender lo inmanente y de proyectar una existencia que exige, frente al ciclo animal nacer-crecer-reproducirse-morir, hacerse cargo del modo en que se desea vivir. En una interlocución explícita con el pensamiento de Juan Arana, plantea una crítica a la teoría de la eficacia biológica desde la tematización de una conciencia no natural, sino hermenéutica: implica una búsqueda de sentido y una narración de sí en aras de la realización transparente de su existencia. Desde aquí, pues, será planteado en el apartado sexto el problema de la voluntad humana. Lo hará a través de una categorización de la libertad —libertad metafísica, psicológica, ética y política— desde el planteamiento antropológico de Jacinto Choza, y de fenómenos contemporáneos como el transhumanismo y la noosfera de las sociedades virtuales, definidos como capacidades de autodeterminación y de control sobre las propias condiciones psicofísicas, dando pie, ya en la conclusión de la obra, a una definición de la estructura de la subjetividad humana en tanto que capacidad de objetivación y transcendencia de lo inmediatamente dado en aras a una hermenéutica de sí en una búsqueda de sentido de la propia vida, y que define, así, la imbricación entre conciencia y voluntad. Dicha subjetividad marca, para el autor, la esfera de la “dignidad” humana, que hace que el hecho humano mismo sea irreductible al mundo natural.

Así, podemos concluir que, como demuestra el intento divulgativo y la interlocución constante con respecto a las investigaciones

científicas, la obra se plantea como el esfuerzo titánico de abrir los vasos comunicantes entre los diferentes prismas discursivos sobre lo humano; sin embargo, ello no se hace desde una postura ascética y neutral, sino desde un marcado humanismo y desde una tesis fuerte de la singularidad de lo humano que no olvida, empero, las vinculaciones biológicas del origen del ser humano, si bien no reduce éste a aquéllas. En su planteamiento holístico, el ejercicio ensayado por el autor es especialmente loable por su capacidad sintética, pues en apenas doscientas páginas logra una ilación y una comprensión multidisciplinar que patentiza una serie de problemas de larguísimo recorrido antropológico a los que logra dar una respuesta satisfactoria, planteando una oportunidad excelente en el estado de la cuestión para proseguir alguna de las líneas aquí abiertas, siempre sosteniéndose en el pilar de esta subjetividad objetivadora y hermenéutica en cuya conservación temática aguarda la propia conservación de la dignidad humana.

Roberto Ballester Corres. Universidad de Zaragoza
ballestercorresroberto@gmail.com

SIEGEL, HARVEY

Education's Epistemology: Rationality, Diversity, and Critical Thinking, Oxford University Press, New York, 2017, 304 pp.

Education's Epistemology collects seventeen papers by Harvey Siegel published between 1999 and 2017. While a number of topics are treated, Siegel especially develops and defends two main ideas.

The first is his “reasons conception” of critical thinking. According to this conception, to be a critical thinker involves two components. First, one must be able to engage in “reason assessment”. That is, one must be able to “construct and properly evaluate the various reasons which have been or can be offered in support or criticism of candidate beliefs, judgments, and actions”. Second, one must have a “critical spirit”. One has a critical spirit if they have the disposition to engage in reason assessment as well as “the disposi-